

INMERSIÓN

UN SENDERO EN LA NIEVE

LIDIA CHUKÓVSKAIA

TRADUCCIÓN DEL RUSO DE MARTA REBÓN
NOTAS DE FERRAN MATEO
POSTFACIO DE MARTA REBÓN Y FERRAN MATEO

e
errata naturae

«La moralidad de una persona es visible
en su actitud hacia la palabra».
Lev Tolstói

PRIMERA EDICIÓN: noviembre de 2017

TÍTULO ORIGINAL: *Чыск нод вoды*

© by Dmitry Tchukovsky, 1967

Spanish publishing rights are acquired via FTM Agency, Ltd., Russia, 2016

© de la traducción, Marta Rebón, 2017

© de las notas, Ferran Mateo, 2017

© Errata naturae editores, 2017

c/ Doctor Fourquet 11

28012 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-16544-54-7

DEPÓSITO LEGAL: M-27756-2017

CÓDIGO BIC: FA

MAQUETACIÓN: A. S.

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

FEBRERO DE 1949

—Bueno, ya hemos llegado, ahí tienen su Litvínovka
—dijo el conductor, y ante mis ojos giraron bruscamente,
una vez más, el bosque y la nieve violeta.

Al ver las casitas finlandesas que volaban hacia nosotros, sentí que el corazón se me encogía. Después de tres horas a bordo de un gélido tren y de una hora en coche, no era ése el final que habría deseado para mi viaje. Probablemente los lavabos estarían en la entrada, la cocina apestaría, al igual que la leña húmeda apilada junto a las estufas; toda esa misérrima incomodidad de las casas de campo en invierno que tanto detestaba. Y las corrientes de aire se filtrarían por las puertas y las ventanas...

—¡Ya hemos llegado...!

Nikolái Aleksándrovich Bilibin, mi fortuito compañero de viaje, a quien el coche del sanatorio había ido a recoger, como a mí, a la estación, se desabrochó su pesada pelliza y se inclinó para buscar a tientas su cartera, cerca de los pies del conductor. Pero el coche siguió avanzando, la pequeña bandada de casitas finlandesas se dispersó y huyó detrás de nosotros; un viraje más, y el coche se detuvo junto a la entrada de una gran casa de piedra de dos pisos.

Dos chicas, con batas blancas sobre sus chaquetones acolchados, corrieron afuera, donde arreciaba el frío, para recibirnos.

Entramos. Las chicas se apresuraron a cargar con nuestras maletas.

—Por aquí, por favor... Quítense la ropa de abrigo, se lo ruego... —nos decía una señora rellenita, con el cabello teñido y un lunar en su cara sonrosada—. Ania, ayúdales a quitarse el abrigo. Ya lo ves, los camaradas están muertos de frío... Las maletas, a la 14 y a la 8... ¿Se congelaron por el camino? No se preocupen, enseguida les haremos entrar en calor. Ahora están en su casa... Los registraremos en un instante.

Después de las formalidades de rigor, la señora rellenita —sin duda, la encargada— nos adelantó con paso ligero para conducirnos, por una escalera de dos rellanos, a la planta superior.

Alfombras en el salón, un reluciente piano de cola, un reluciente entarimado: no, desde luego no parecía una dacha, sino más bien un hotel de lujo. Calor. Silencio. El zumbido y las vibraciones casi imperceptibles de la calefacción de vapor. A lo largo de todo el pasillo se extendía una alfombra roja. Allí arriba reinaba un imponente silencio que el ruido de los pasos no perturbaba en absoluto.

La encargada abrió una puerta frente a Bilibin y otra un poco más lejos, delante de mí.

Ahora estaba en mi casa. Del salón llegaba el sonido profundo y melodioso del reloj y enseguida se oyó el tic-tac rítmico y diligente del generador eléctrico. Por fin vi-

viría sola en una habitación por primera vez después de la guerra. Como si estuviera en mi propia casa, en Leningrado. Podría sentarme a un escritorio sin tener que convertirlo tres veces al día en la mesa para comer. Trabajar en silencio. Mis conjeturas y pensamientos no se verían interrumpidos ni mutilados por las palabras de alguien en la cocina... Acerqué la palma de la mano a la tubería azul del radiador: ardía.

Entre aquellas paredes ajenas finalmente podría reflexionar, encontrarme conmigo misma.

No obstante, al parecer, ese encuentro se auguraba difícil, pues inmediatamente empezaba a evitarlo. «¿Cuántos años tendrá esa mujer?», pensaba con indolencia. «Ojos lánguidos, peinado rubio a la moda, anillos con piedras verdes cuadradas en los dedos... Supongo que desprecia los pisos comunales y que trabajar en una casa tan elegante debe de resultarle muy grato. “¡Los escritores son tan interesantes! No digo que entre ellos no haya gente insolente, desde luego que sí, pero, en general, dedicarse a una profesión liberal, se diga lo que se diga, ennoblece...”. ¿Cuántos años tendrá nuestra anfitriona? ¿Veintiocho? ¿Treinta y ocho? Seguro que echa de menos Moscú y no desperdicia cualquier ocasión que se le presente para que la lleven allí en coche, a fin de que le hagan la manicura o para ir al teatro. Sin duda, está más que harta del aire puro de este lugar y del bosque nevado».

Con aprensión eché una ojeada por la ventana. Anochecía. El bosque se hundía en un barranco donde la nieve era compacta, uniforme; más allá del barranco se elevaba una

colina a la que se habían encaramado corriendo unos pequeños abetos aún jovencitos, afelpados y amarillos como polluelos; y, dominándolos, delante de los demás, se erguía el más esbelto y joven de todos. Había llegado el primero a la cima y allí estaba erguido. Detrás del pequeño abeto estaba el pueblo; «Kuzmínskoe», había dicho el conductor. Las casitas parecían dibujadas por la mano torpe de un niño: dos líneas inclinadas que se entrecruzaban en el techo; un gran cuadrado torcido, en lugar de paredes; y más cuadraditos torcidos, a modo de puertas y ventanas.

Encendí la luz. Fuera todo había desaparecido, tanto la nieve como las casitas.

Corrí las cortinas con un movimiento brusco y me giré. Me encontré cara a cara con mi habitación. Aquí viviría veintiséis días con sus respectivas noches. Miraba despacio lo que había a mi alrededor, con recelo y suspicacia. Paredes azules, tuberías azules, una cama ancha y baja, una mesilla de noche, una alfombrilla, un escritorio... Me apresuré en poner sobre la mesa mi tintero y la fotografía de Katia: icé mis banderas... Aquí, por lo tanto, tendría lugar el encuentro. En presencia de esta mesa, de estas cortinas oscuras y de estos visillos blancos, tan ingenuos como los pequeños abetos que se alzaban detrás de la ventana.

—La cena está lista —anunció una voz joven en el pasillo. Y luego con un tono más imperioso—: ¡A cenar, por favor!

Pero me quedé en mi habitación.

FEBRERO DE 1949

Ayer me acosté temprano y dormí de un tirón, profundamente, hasta que la luz empezó a filtrarse a través de las cortinas. Me levanté de un salto, con el temor de llegar tarde al desayuno. En efecto, ya eran las ocho. Sin embargo, cuando bajé al comedor, después de asearme, estaba aún vacío. Una sala con ventanitas luminosas y mesas redondas. Los manteles, con su blancura tersa y almidonada, se parecían a la capa de nieve que cubría el barranco, detrás de la ventana. Sobre las mesas albeaban la vajilla y las servilletas dobladas en forma de pirámide, pero en el comedor no había ni un alma. Por lo visto, yo era la primera. No, una joven con pantalones, esbelta y de ojos oscuros, estaba sentada detrás de una mesita alejada, en un rincón y, sirviéndose de una cucharilla, rompía un huevo con delicadeza.

Una camarera, sonrosada y fresca a rabiar, me indicó amablemente cuál era mi mesa; luego me preguntó, solícita, qué deseaba comer y me lo sirvió enseguida. Miré fijamente por la ventana, reluciente de lo limpio que estaba el cristal: ¡todo esto es mío! Mi pequeño abeto se erguía en la colina, de lo más conmovedor por su seriedad:

¡imposible que no supiese lo encantador que era! Los tejados de las casas sobre la colina, como dibujados por una mano infantil, hoy se veían blancos y apretujados contra el suelo.

En mi mesa estaban puestos los cubiertos para dos personas más, pero decidí no esperar a mis desconocidos comensales, desayuné a toda prisa y me puse en marcha en dirección al aire puro que no respiraba desde hacía un siglo.

Me enfundé el abrigo y partí en línea recta, adonde el viento tuviera a bien llevarme. Junto a la casa, un lodazal; más adelante, la nieve granulosa y fofa; y sólo muy lejos, en los campos, un manto uniforme de nieve compacta. La casita del director, azul como una cabaña ucraniana, un cobertizo, un perro encadenado. Abandono, humedad, inutilidad. ¡Adelante! Nubes grises, un horizonte gris y, a través de las ramas negras, un cielo amarillo. Qué proféticos y amenazantes habrían sido en Leningrado este cielo amarillo y estas ramas negras, pero aquí no parecían una señal del destino, sino que era simplemente el albor del amanecer. Seguí avanzando sin mirar dónde pisaba, pasé por delante de algunas gallinas y de ropa blanca tendida que se helaba en la cuerda... ¡Ah, mira lo que había allí! ¡Un bosque de abedules...!

Qué increíble se me antojaba el lodazal cerca de la casa. Allí la nieve yacía majestuosa y compacta, como la que había en el barranco debajo de mi ventana. Los abedules, desde la nieve profunda, se estiraban hacia las nubes...

Atravesé un montón de nieve y tomé un sendero. A mi alrededor todo era gris, movedizo, estaba impregnado de

humedad. Los abedules crecían en familias, en grupos de dos o tres que brotaban de la misma raíz y, a medida que se elevaban hacia el cielo, se apartaban más unos de otros, como en un vals inmóvil pero impetuoso. Me detuve y eché la cabeza hacia atrás y, al instante, sentí vértigo debido al balanceo cadencioso de las copas de los árboles y al lento movimiento de las hinchadas nubes grises. Blancas nubes entoldaban el cielo, como si allí arriba, en el suelo celestial, se amontonara también la nieve. Iba por el sendero, embriagada por el centelleo, los giros de los esbeltos troncos, blancos y grises, y la tristeza me invadía, como siempre me pasaba en cualquier momento de felicidad demasiado palpable... Pues esto me sería arrebatado. Tendría que devolverlo. En realidad, nadie me lo arrebataría, sino que pasaría eso escurridizo que llamamos «tiempo», en la hoja del calendario aparecería un cuatro o un nueve y, a sus órdenes, un coche llegaría a la entrada, y yo empezaría a hacer la maleta, y el bosque ya no me pertenecería, me estaría vetada su entrada... Dentro de la confortable casa se seguiría oyendo, en mitad del silencio, el tictac del generador eléctrico sobre la colina, las lámparas, tanto las de araña como el resto, emitirían su luz —ahora más tenue, ahora más intensa— y los abedules continuarían estirándose desde la nieve hacia las nubes, ofreciendo sus copas al viento. ¡Se acabó! ¡Prohibido! Es día 4, llegó la hora de irse.

Acababa de conocer este bosque y ya empezaba a sentir melancolía por nuestra inevitable separación.

El sendero serpenteaba y zigzagueaba. Los abedules se apartaban dócilmente, pero sólo de mentirijillas, para

atraerme; en realidad, cada vez me cercaban más y el sendero se veía forzado a ingeniárselas, describiendo curvas sinuosas, para evitar a las familias de árboles agrupadas en círculo. Arriba el viento susurraba. En las ramas rodaban y brillaban las bolitas relucientes de las yemas. ¿Yemas? ¿En invierno...? Me fijé mejor. Eran gotas de agua.

—¿Salió a dar un paseo?

Venía a mi encuentro una señora corpulenta con unos pantalones que le sobresalían por debajo de la pelliza y un bolso grande con remaches metálicos bajo el brazo. El frío había conferido a su rostro un tono violáceo y le había inflado la piel debajo de las cejas depiladas. Un hombre de tez oscura y aire lánguido, con traje de esquí, la seguía con paso indolente. Su barba, recortada con buen gusto, tenía algo oriental.

—Bueno, ¿y qué tal Moscú? —me preguntó con una inclinación, a modo de saludo—. Gracias a Dios aún se tiene en pie, ¿no? Si no me equivoco, acaba de llegar. Aquí uno se muere de aburrimiento...

—¡Qué descortesía, Lado! —dijo la señora a la vez que cerraba la cremallera del bolso con un ruido seco, como si disparara un arma de fuego, y adiviné que tenía ante mí al famoso director de cine Lado Kancheli, que acababa de recibir el Premio Stalin por su película sobre Gori, la ciudad natal del mandatario.

Íbamos apretujados por el angosto sendero para no hundirnos en la nieve. Yo llevaba una manga deshilachada y sentí vergüenza. Me preguntaron si me gustaba el lugar, quién era aquel hombre de espaldas anchas con la

pelliza que llegó conmigo y en qué habitación me habían alojado. Finalmente prosiguieron su camino.

¡Gente próspera, elegante! Pensé enseguida en mi abrigo viejo, en mi cabello descuidado, con las canas sin teñir.

Así que no estaría sola, con mis recuerdos y mi trabajo, cara a cara con el bosque, el cielo y los libros; conviviría con desconocidos, con ese tipo de gente que se aburre un poco y busca distraerse. No había pensado en ello antes, mientras me dirigía aquí en busca de soledad. No había previsto que hubiera más gente.

Seguí avanzando entre el torbellino de abedules. Estaba a punto de marearme. Entre los troncos flotaba un aire denso, visible. Algo en ese bosque me recordaba a Holanda, donde nunca había estado. Todo estaba hinchado por la humedad, turbio, pesado, desvaído. Había visto una Holanda de ese tipo, pesada, anegada y húmeda, en una exposición de pintura de Ostroúмова-Lébedeva¹. Y en Leningrado también hay días como éste, cuando desde el malecón de la universidad no se distingue la cúpula dorada de San Isaac al otro lado del río.

Di media vuelta. Tenía adónde ir: hoy trabajaría sin llamadas de teléfono, sin ruido de conversaciones detrás de la pared, sin sentirme desdichada por Katia, que nunca sabía dónde meterse.

¹ Anna Ostroúмова-Lébedeva (1871-1957), pintora, grabadora e ilustradora, nombrada artista honorífica de la Unión Soviética. Vivió las penurias del sitio de Leningrado y dejó escritos varios diarios que se conservan en el departamento de manuscritos de la Biblioteca Nacional de Rusia, de los que se han publicado varios volúmenes con el título *Notas autobiográficas*.